



BOLETÍN

La Habana 15 de Junio 2020

EDICIÓN ESPECIAL

COMISIÓN JOSÉ *)
ANTONIO
/ APONTE
•• DE LA UNEAC



PRÍNCIPE NEGRO PARA GEORGE FLOYD

NANCY MOREJÓN

Aunque su sueño era lanzarte al Mississippi,
 aquel caníbal de uniforme opaco
 ha quemado en silencio su rodilla
 sobre tu cuello inerte.
 El humo de tu carne va subiendo hasta el cielo mojado.
 Saltando entre las flores,
 el aire de tus bronquios
 persigue su fantasma hasta morder
 el colmillo sangriento del caníbal.
 Y tu alientas, indómito, sobre el asfalto húmedo,
 bajo la sombra quieta de un manzano
 en Minneapolis,
 donde colocaremos, para ti,
 este brillante, este limpio
 príncipe negro nuestro,
 a tu memoria.



A BLACK PRINCE ROSE FOR GEORGE FLOYD

NANCY MOREJÓN

Though he wanted to throw you in the Mississippi,
 the cannibal in the murky uniform
 with his knee has scorched into silence
 your motionless throat.
 The smoke of your flesh ascends to a wet heaven.
 Hopping among the flowers, your breath
 chases his ghost and manages to bite
 the bloody fang of the cannibal.
 But you inspire, indomitable, lying on the wet asphalt,
 under the quiet shade of an apple tree
 in Minneapolis,
 where we will place, for you,
 this shining, clean
 Black Prince Rose of ours,
 to your memory.

Translated by Ana Elena de Arazoza

SUMARIO

- 📄 Declaración de la Comisión Aponete de la UNEAC
- 📄 Floyd: réquiem y diagnóstico
- 📄 Después de George Floyd
- 📄 EE.UU. es un experimento social fallido
- 📄 Donald Trump, ¿el Hitler Norteamericano?
- 📄 Por Floyd: contra el racismo represor y anticultural
- 📄 George Wallace está otra vez a cargo
- 📄 Propuesta de Alden Knight
- 📄 Racismo

DECLARACIÓN DE LA COMISIÓN APONTE DE LA UNEAC

Amamos la Patria de Lincoln tanto como condenamos la tiranía de Trump

El pueblo cubano se siente amigo y hermano del pueblo estadounidense. Muchos son los lazos históricos y culturales que unen a ambas naciones. Muchos también pudieran ser sus vínculos políticos y económicos, si no fuera por la agresividad de las administraciones de Washington desde 1959 hacia la Revolución Cubana y en grado superlativo, si no fuera por la intolerancia y la obsesión del último inquilino de la Casa Blanca.

El pueblo noble de la patria de Martí y Maceo no se alegra del sufrimiento de la patria de Lincoln. Igual que el bloqueo económico, comercial y financiero que impone desde hace seis décadas al pueblo de Cuba el sector más recalcitrante de la élite de poder de Estados Unidos, es condenado por el pueblo noble de ese propio país, Cuba condena enérgicamente la violación de los derechos humanos en los Estados Unidos.

El pueblo cubano, por su evolución histórica y su composición étnica, es mestizo y de naturaleza inclusivo e integracionista más allá de la persistencia de prejuicios lacerantes por el color de la piel que practican algunos como consecuencia de condiciones de desigualdad heredadas de la esclavitud colonial y una república neocolonial precisamente influenciada por la ideología impuesta por Estados Unidos.

En concordancia con nuestra vocación de integración social observamos con intranquilidad el resurgimiento en la sociedad norteamericana de ideas supremacistas blancas discriminatorias de las minorías nacionales y sobre todo de las comunidades afroamericanas y latinas, que son las más numerosas entre las minorías de aquel país.

El asesinato de George Floyd en Minneapolis es una muestra de la implementación de esas ideas. Su deceso a causa de la brutalidad policial de un oficial angloamericano que lo asfixió es un asesinato, no otra cosa y no hay presunción de delito alguna que justifique tal acción. La realidad es que, bajo la tiranía de Donald Trump, se sienten cómodos “a su aire y a sus anchas” el KuKluxKlan, el neonazismo y toda corriente hegemónica y supremacista blanca.

La Comisión José Antonio Aponte, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, se une a los buenos oficios de sus hermanos estadounidenses blancos, negros, latinos, nativo-americanos, asiáticos y de cualquier segmento étnico, que cierran filas contra la violación de los derechos humanos y se enfrentan al odio étnico y la discriminación racial.

Estamos del lado de los aman y fundan la patria igualitaria de Lincoln y en contra de los que odian a sus semejantes y construyen el imperio de la inequidad y la discriminación. La lucha por los derechos civiles de las minorías en Estados Unidos a todas luces no ha terminado pero su conclusión no necesita de más asesinatos como el de George Floyd.

DECLARATION OF APONTE COMISSION FROM UNEAC

We love Lincoln's homeland as much as we condemn Trump's tyranny

The Cuban people feels itself as a friend and a brother of the American people.

There are many cultural and historical bonds that join both nations. There would be also many political and economical bonds, if there hadn't exist aggressions in a superlative way towards the Cuban Revolution from Washington administrations since the very 1959, if it doesn't exist the intolerance and the obsession of the last occupant of the White House.

The humble people of Martí and Maceo's homeland it is not happy with the suffering of the people of Lincoln's homeland. As it is condemned by the noble American people the economic, commercial and financial embargo imposed by the most recalcitrant sector of the power elites in the United States 60 years ago to the Cuban people; Cuba condemns vigorously the violation of human rights in the United States.

The Cuban people, due to its historical evolution and its ethnic composition, is mixed race people, and its nature is of inclusion and integration beyond the persistence of wounding prejudices related to the skin color that still some people practice as a consequence of inequality conditions inherited from the colonial slavery and a neo-colonial republic that was influenced precisely by an ideology imposed by the United States system.

In accordance with our vocation of social integration, we observe with uneasiness the re-emergence in the American society of white supremacist ideals that discriminate against the national minorities and above all the Afro-American and Latin communities, which are the bigger ones among the minorities in the country.

George Floyd's murder in Minneapolis is a sign of the implementation of those ideas. His death, caused by the police brutality of an Anglo-American officer who suffocated him, is a murder, not something different and there is no any kind of crime presumption that justifies such action. The reality is that under Donald Trump's tyranny the Ku Klux Klan, the neo-Nazism and all the new hegemonic and white supremacist trends are feeling comfortable, at ease.

José Antonio Aponte Commission from the Cuban Writers and Artists' Association (UNEAC, by its acronym in Spanish) joins to the good offices of its white, black, Latin, Native-American, Asian and from any ethnical segment's brothers and sisters that are closing ranks against the violation of human rights and are confronting the ethnical hate and racial discrimination.

We are side by side with the ones who love and found in the egalitarian homeland of Lincoln and whom are against the ones who hate their fellows and build an empire of inequity and discrimination. The fight for the civil rights of minorities in the United States is clearly not over but its end does not need more murders as George Floyd's one.

FLOYD: RÉQUIEM Y DIAGNÓSTICO

Pedro de la Hoz

Tengo más presente que nunca el parlamento de Marcelo, uno de los personajes de *Hamlet*: “Algo podrido huele en Dinamarca”. Por Dinamarca, Estados Unidos. Tanta grandeza con pies de barro. De un barro pútrido que se revela en los intersticios de una sociedad que arrastra un mal endémico. O como han dicho dos hombres de cine, Spike Lee y George Clooney: pandémico.

Como se sabe, el detonador fue el asesinato el 25 de mayo en Minneapolis de George Floyd, ciudadano de piel negra, a manos de un policía blanco, ante la vista impávida de sus colegas, filmado y difundido a los cuatro vientos. Como también se sabe, la reacción no se hizo esperar: disturbios y manifestaciones pacíficas, violencia enfrentada con más violencia.

El director de la biografía fílmica de *Malcolm X*, estadounidense descendiente de africanos, dijo:

El racismo es una pandemia (...) La gente está enojada porque los negros están siendo asesinados a diestro y siniestro, y los policías no son inculpados. (...) Las personas negras y mestizas están enojadas por la disparidad entre los que tienen y los que no tienen: educación, agua. La gente está enojada con motivo. No naces enojado. Te enojas porque vives cada día en este mundo con un sistema que no está configurado para que ganes (...) La esperanza de vida... Hay tantas cosas que uno podría hacer una lista interminable. De ahí es de donde proviene la ira.

Esto lo manifestó a un reporte de la BBC, de Londres. Luego del discurso incendiario de Donald Trump contra los protestantes, emplazó al mandatario: “Tuvo la oportunidad de decir que todo es cuestión de amor y no de odio, pero no denunció a los hijos de p... del Ku Klux Klan ni a la extrema derecha ni a los nazis (...) La extrema derecha está donde quiera. Y tenemos que despertar, no podemos quedarnos callados”.

Ganador de más de un Oscar como productor y actor, Clooney, de ascendencia europea y piel blanca, coincidió con Lee en un artículo publicado en *The Daily Beast*: “El racismo es la pandemia de Estados Unidos”, aseguró, y enhebró unas cuantas interrogantes: “¿Es 1992?”

¿Acabamos de escuchar a un jurado decirnos que los policías blancos que vimos grabados cientos de veces golpeando a Rodney King no eran culpables de sus crímenes obvios? ¿Es 2014, cuando Eric Garner fue ejecutado por vender cigarrillos, por un policía blanco que lo estranguló mientras lo veíamos? ¿Las palabras *no puedo respirar* para siempre grabadas en nuestras mentes?”. Para concluir con una apelación: “Necesitamos un cambio sistémico en nuestra aplicación de la ley y en nuestro sistema de justicia penal. Necesitamos políticos, y políticos que reflejen la equidad básica para todos sus ciudadanos por igual. No líderes que aviven el odio y la violencia”.

Clooney y Lee confluyeron, como también muchísima gente de la academia, el arte y los espectáculos, con independencia de orígenes étnicos. Porque se va entendiendo que la muerte de un negro importa a negros, blancos, pobladores originarios, latinos, y a los hijos y las hijas de los más diversos mestizajes. Las vidas negras importan —*black lives matter*— sí, pero importan todas las vidas, algo que, objetivamente, no le interesa mucho ni a Trump ni a sus acólitos, como puede observarse por el manejo irresponsable de la pandemia.

Aires de réquiem se respiran por el asesinato de George Floyd. Sobre el cielo de cinco populosas ciudades el artista Jammie Holmes desplegó el pasado fin de semana banderolas portadas por avionetas en las que se leían las últimas palabras de Floyd.

Las llamadas *celebrities* responden. Rihanna, Lady Gaga, Billie Eilish, Ariana Grande, Jamie Foxx, Thimoteé Chalamet, Blake Lively y Ryan Reynolds. Madonna, polémica por poner a bailar a su hijo adoptado un tema de Michael Jackson que para algunos no venía al caso. Beyoncé, animando a sus 147 millones de seguidores en Instagram no solo a protestar, sino también a firmar varias peticiones para que se juzgue a los policías responsables de la muerte de Floyd. “Necesitamos justicia para George Floyd. Todos hemos sido testigos de su asesinato a plena luz del día. Estamos destrozados y estamos muy disgustados. No podemos normalizar este dolor”.

Pero no bastan la protesta ni el dolor. Floyd es solo la punta del *iceberg* de algo que no funciona y se trató de maquillar luego de las jornadas de

protestas por los derechos civiles de los años 60 del siglo pasado. La visibilidad de negras y negros en la industria del espectáculo, el éxito mediático de una mujer como Oprah Winfrey, la presencia de Colin Powell en la cúspide militar, la elección de Barack Obama a la poltrona presidencial, la acumulación de riqueza por parte de los miembros del exclusivo círculo Boule de empresarios, financistas y políticos negros, y la existencia del *black caucus* en el Congreso, llevó a unos cuantos allá, aquí y acullá a pensar que el racismo y la subsecuente inequidad social estaban en retroceso.

Nada más lejos de la verdad. Un diagnóstico serio apunta tanto a los cimientos estructurales como a la subjetividad cultivada por la nación más poderosa del orbe. Volvemos a las palabras de Spike Lee: “La tierra fue robada a los pueblos nativos. Se cometió genocidio contra los nativos y mis antepasados fueron robados de África y traídos aquí para trabajar. Así que los cimientos de Estados Unidos de América son el genocidio, el robo de tierras y la esclavitud”. Las soluciones no están a la vuelta de la esquina, a menos que se conjuguen múltiples factores políticos y culturales realmente comprometidos con desmontar el racismo estructural y mental prevaeciente. Mientras tanto algo podrido seguirá oliendo en Estados Unidos.

DESPUÉS DE GEORGE FLOYD

Víctor Fowler

La muerte del afroamericano George Floyd a manos del oficial de policía blanco Derek Chauvin figura ya, con todo derecho, entre los acontecimientos sociales y políticos de mayor alcance en el par de décadas que lleva este siglo XXI. Supongo que muy pocas personas –o casi ninguna, tal vez– hayan podido imaginar una ola de protestas comenzando en Estados Unidos, extendiéndose luego como la clásica imagen de la chispa que incendia la gasolinera (tan repetida en el imaginario hollywoodense), cruzando por encima del océano y repitiéndose entonces en decenas de ciudades de América Latina y Europa.

Figuras famosas de toda índole (políticos, actores, cantantes, futbolistas, entre otros) se han sumado al clamor en contra del racismo en Estados Unidos, lo mismo que contra las actuaciones violentas de la policía del país

a la hora de lidiar con individuos de las comunidades negras. Ahora mismo, cuando estoy terminando el presente texto, pasan en la televisión imágenes de choques entre manifestantes antirracistas y grupos neonazis en Francia; a continuación, esta vez procedentes de Gran Bretaña, pasan otras en las que actos de apoyo al dolor de la comunidad afroamericana de Estados Unidos igualmente terminan en enfrentamientos tumultuarios.

Hemos visto tanto, y estamos viendo tanto, que resulta difícil procesar los distintos sentidos de cuanto sucede: la frialdad con la cual Chauvin cumplió su presunto «deber», la escalofriante pasividad de sus compañeros policías mientras el detenido Floyd moría asfixiado, las protestas (en términos de cantidad de participantes, diversidad de lugares y fuerza destructiva), la falta de energía del Presidente Trump a la hora de expresar su oposición a cualquier manifestación de racismo, los llamados del hermano de Floyd para que el dinamismo de la protesta sea transformado en alineamientos para la pelea política en las votaciones y la queja (justa) de policías neoyorkinos a quienes les duele recibir muestras de desprecio popular, pues estiman que luchan para que haya tranquilidad en las comunidades y en ello arriesgan sus vidas.

Es una inesperada, y necesaria, nota sentimental que obliga a repensar los acontecimientos; la necesitamos porque es una intervención proveniente de una postura tan enteramente distante de la rabia que opera como la unión de dos cables con la misma polaridad positiva. De hecho, como mismo las lacerantes palabras de Floyd al agonizar, esto –aunque no en aquella circunstancia extrema– también es una solicitud de respeto y atención, una reclamación que merece ser respondida. En este sentido, es enteramente lógico imaginar que no sólo un elevado número de miembros de la policía estadounidense que bien no son racistas en modo alguno o que –de modo general– son parte del activismo. Dentro de este grupo de defensores de la ley algunos se identificarán como «negros» ellos mismos, en tanto otros estarán ofreciendo solidaridad por motivos de conciencia político-social o por ser, ellos o sus familiares, miembros de otras minorías étnico-raciales.

El relato común del cine hollywoodense nos acostumbra a la imagen del policía honesto, inamovible defensor del bien en sus diversas variantes; el corrupto que acepta sobornos, protege a capos mafiosos o él mismo administra los negocios sucios de su demarcación; y el sociópata violento, abusador, misógino, no pocas veces racista descubierto.

En la película cubana Memorias del subdesarrollo tiene lugar la puesta en escena de una variedad más del protector de la ley: la del cuidador de un determinado orden político. Me refiero al momento en el cual, mientras son proyectadas imágenes documentales de los juicios a quienes vinieron en la invasión de Playa Girón, una voz en off interpreta lo que vemos desde coordenadas de pensamiento radicalmente marxistas; desde este ángulo, el personaje que devela el verdadero sentido del acto de invasión no es ninguno de sus líderes visibles, sino exactamente el más oscuro de los enrolados, aquel con el cual nadie quiere sentarse ni reconocerlo como amigo o colaborador: el antiguo policía, acusado de torturas y asesinatos, Calviño.

Para la poderosa voz crítica que habla en este punto de la película, el represor está colocado en las antípodas del territorio de belleza, disfrute y glamour en el que permanentemente habita el estamento burgués cuyos intereses cuida; el otro componente de ese «cuidado» está en que no puede ser reconocido públicamente (la persecución, tortura, mutilación y asesinato como prácticas habituales) porque algo así resultaría horroroso hasta lo insoportable. De esta forma, el personaje existe y es, incluso, condición imprescindible para que nada sacuda a ese estamento que goza de esa dimensión de belleza, disfrute y glamour (a fin de cuentas, goce del poder), mas ni el personaje ni sus acciones pueden ser mencionadas como lo que son; así, en un maridaje monstruoso, aquel cuya presencia se teme más (el revolucionario, el agente de cambio, el «trastornador») tiene que ser controlado, reprimido, dañado o muerto por el torturador oscuro al que luego no se puede mencionar.

¿Qué va a ocurrir cuando siga transcurriendo el tiempo y, por ejemplo, se verifiquen reformas en Departamentos de Policía de Estados Unidos y hablemos menos de George Floyd? ¿Qué hay después o más allá de un Departamento de Policía o de varios? ¿Quién es Derek Chauvin y qué hay que hacer para formar, e impulsar a que actúe como lo hizo, a una persona semejante? Imaginando una comparación amarga, ¿habrá Chauvin(s) para hispanos, musulmanes, comunistas? ¿Existirán Chauvin(s) transnacionales, exportables, comercializables, listos para ser empleados en invasiones u ocupaciones en el Tercer Mundo? ¿Cuántas otras cosas no están sucediendo mientras se desarrollan las protestas? ¿Qué no estamos viendo con claridad?

Hay una cosa más en la interpretación del agente de la ley como sujeto político que nos propone Memorias del subdesarrollo, un complemento imprescindible para que la estructura revele su dinámica interior, su entraña; esto otro, la real tragedia que anima el conjunto, es la imposibilidad del sistema para no producir desigualdad, rabia, excrecencias. En esta mirada, el racismo no es coyuntural ni episódico, sino estructural y continuado (bajo las más diversas formas), y, más allá de la violencia puntual contra una persona afroamericana, la pregunta (y las consecuencias de la respuesta) deben apuntar al orden global. Si cambiamos protocolos y comportamientos en los departamentos de policía (por ejemplo, ese uso de técnicas de estrangulamiento que hasta el Gobierno francés ha prohibido para sus agentes), ¿qué hacemos con la producción de desigualdad (nacional y global) característica del sistema?

Trump, defensor sin elegancia, de categoría vulgar, de un mundo donde lo primordial es el flujo interminable del dinero, divide a quienes protestan en ciudadanos buenos y radicales que dañan la propiedad y merecen por tanto recibir toda la fuerza de la máquina del Estado. En un artículo reciente, Barack Obama valora la situación de otra manera, pues acepta que hay – detrás de esos estallidos de violencia– una gran cantidad de razones derivadas de la larga historia de opresión y exclusión sufrida por los afroamericanos. La recomendación de Obama es mantener la protesta pacífica en las calles y transformar esa energía en organización y activismo para capturar los votos que posibiliten cambiar estructuras mediante victorias electorales de candidatos con plataformas nuevas.

Después de esto, lo máximo que el sistema puede asimilar desde una perspectiva de cambio interno, todavía quedan dos preguntas: ¿qué hacer con la lógica económica que conduce al sistema a seguir produciendo, sin parar un segundo, desigualdad y excrecencias?; ¿qué ocurre cuando extraemos los hechos de su contexto micro-localizado en una esquina de Minnessota y los proyectamos en el escenario global de las relaciones económico-político-militares de Estados Unidos consumidor y los países del tercer mundo proveedores? Además de todo lo que percibimos a primera vista, ¿qué más hay en el sociópata Chauvin, sus compañeros cómplices pasivos y la víctima Floyd?

Son preguntas que tienen que ver con relaciones de propiedad, distribución e intercambio desigual, esclavitud, migraciones, invasiones, revoluciones, protesta, fragmentación, silencio de los medios, manipulaciones políticas,

países pobres y países ricos, opresión, alianzas, muertes cercanas y lejanas, hambruna, guerras civiles, subdesarrollo, drones, vigilancia cibernética y mucho más, o todo.

Porque en el asesinato de Floyd, como en una semilla, está contenido todo, y el primer paso para que la atrocidad nunca se nos olvide va a ser mantener vivas las preguntas; es decir, la memoria y la conciencia.

MUERTE DE GEORGE FLOYD | "EE.UU. ES UN EXPERIMENTO SOCIAL FALLIDO": ENTREVISTA DE LA BBC CON EL FILÓSOFO CORNEL WEST

Cornel West es una destacada figura en la lucha contra el racismo y se le reconoce como uno de los líderes que mantiene el legado de Martin Luther King Jr.

Ha sido profesor de las universidades de Yale, Princeton y la Universidad de París, y actualmente enseña en Harvard.

Ha escrito más de 20 libros sobre temas de raza, herencia africana y democracia. También actuó en la película Matrix, y participó como comentarista filosófico de la trilogía que se lanzó en 2004.

West habla en tono provocador y en esta entrevista con la BBC comparte su visión de lo que considera un "experimento social fallido" en EE.UU., el "legado de la supremacía blanca", y su tajante posición frente al presidente Donald Trump y el lenguaje que el mandatario ha utilizado para referirse a los manifestantes que han salido a la calle tras la muerte de George Floyd.

Floyd, un afroestadounidense de 46 años, murió el 25 de mayo en Minneapolis, luego de que un policía blanco le presionara el cuello con su rodilla durante más de 8 minutos.

El oficial Derek Chauvin enfrenta cargos por asesinato de tercer grado por la muerte de George Floyd. ¿Esto ayudará a que se calme un poco la violencia y responder las preocupaciones de la gente?

En realidad no. Las preocupaciones de la gente son mucho más profundas que eso. No es cuestión de presentar cargos, las personas quieren que se rindan cuentas en términos de condena. Quieren que se asuma una

responsabilidad en nombre de aquellos que están matando a sus conciudadanos.

Pero esto es un asunto más profundo. Tenemos seres humanos maravillosos en EE.UU., pero Estados Unidos es un experimento social fallido, hasta el punto en que cuando se trata de personas negras y pobres su economía capitalista falla; el estado militarizado falla; su cultura mercantilista en la que todo y todos están a la venta, falla.

Este fracaso se ha ido desplegando durante 400 años y aunque ha funcionado para algunos, cuando se trata de gente pobre y trabajadora, pero sobre todo gente pobre y trabajadora de color, es un fracaso.

Esto es algo crónico, estamos hablando de algo que tiene raíces profundas. Samuel Beckett estaba en lo cierto cuando decía: "Intenta de nuevo, falla de nuevo, falla mejor".

La historia de EE.UU. lidiando con el legado de la supremacía blanca está fallando, pero tratando de fallar un poco mejor, exigiendo responsabilidad un poco mejor, condenando un poco mejor, pero al final la supremacía blanca cala profundo en el país, el capitalismo depredado cala tan profundo en el país...

Es muy difícil para los estadounidenses decentes que realmente odian la supremacía blanca, que son antirracistas, lograr algún tipo de poder, tener algún tipo de organización que permita la transformación fundamental que necesita el imperio estadounidense.

Quisiera leerle un fragmento de un comunicado que publicó el expresidente Obama. Fue un correo que recibió de alguien que dice: "La rodilla en el cuello es una metáfora de cómo el sistema, de manera arrogante, mantiene contenidos a los negros, ignorando sus gritos pidiendo ayuda". Me destroza, me parece irónico que en EE.UU. ha sido un símbolo arrodillarse y ahora tenemos otro incidente simbólico con una rodilla en la que es asesinado un hombre negro.

Es cierto, me alegra ver que mi querido hermano Barack Obama está diciendo las cosas.

Como sabes, fue un presidente negro, con una fiscal general negra, un director de seguridad nacional negro, y ese fue el contexto para el nacimiento del movimiento de *Black Lives Matter*, porque cuando tienes rostros negros en altos cargos, ellos no pueden hablar del legado dañino de la supremacía blanca, o de sus conexiones con Wall Street y el militarismo. Entonces, no es solo cuestión de profesionales negros diciendo palabras...

Lo que hemos visto en las calles en Minneapolis es de muchas maneras una denuncia contra los políticos negros, un señalamiento contra los profesionales negros, un señalamiento a la burguesía negra que se ha acomodado al capitalismo depredador, a las estructuras de la supremacía blanca.

No son las palabras bonitas, sino las reformas estructurales, especialmente con el matón neofascista que está en la Casa Blanca.

Cuando Trump llamó "matones" a mis hermanos y hermanas en las calles, yo dije: "no, él es un neofascista, él es quien ha estado usando un lenguaje violento, expresiones de odio y desprecio hacia los mexicanos, los musulmanes, los negros, los gays, las lesbianas". Quiero mantener presente el contexto del lenguaje.

Cuando pasas de Barack Obama, un presidente neoliberal negro que generó un movimiento como *Black Lives Matter*, con el que los asuntos de clase y pobreza se volvieron cruciales, y luego a un neofascista en la Casa Blanca... tienes al hermano Obama y al hermano Trump aparentemente muy distintos, y aun así mostrando una continuidad cuando se trata de los aprietos de la gente pobre y trabajadora, especialmente morena.

Estoy seguro de que el presidente y sus seguidores negarán que él es un "matón neofascista", pero entiendo lo que a usted le preocupa del lenguaje que él usa. ¿Qué le dice a usted la frase que él usó "¿Cuándo comienzan los saqueos, comienzan los tiroteos"?

Ya la habíamos escuchado antes, fue un policía en 1967 en Miami. Fue un jefe de policía que le dijo a un hombre negro: "En el momento en que tú comiences a saquear, comenzaremos a disparar".

Entonces eso es lo que tú obtienes de un matón neofascista como Donald Trump. Y solo estoy siendo objetivo, un matón es alguien que cree que

puede hacer cualquier cosa con impunidad, sin hacerse responsable, eso es Donald Trump respecto a las leyes, respecto al uso del lenguaje, y así sucesivamente.

Él toma ese lenguaje de un jefe de policía profundamente autoritario, xenofóbico y supremacista blanco para hacer ver que va a responder con toda su fuerza.

Esto es cobarde, lo sabemos... hablan este lenguaje de matones, pero cuando se trata de hacerse cargo, individualmente, se rehúsan a hacerlo, les toca poner sus tanques y sus policías.

No tenemos miedo, no estamos intimidados por ese lenguaje, al menos yo no.

Dr. West, debo llamar su atención de nuevo sobre el hecho de que lo llame un neofascista, pero entiendo su frustración.

No digo que tengas que aceptarlo, solo digo que hablo desde mi corazón, en términos de una condición objetiva.

Yo tengo tendencias de matón dentro de mi, tengo una orientación de pandillero dentro de mí, y tengo que luchar contra ellas cada día, es una condición humana, pero algunos, como Donald Trump, tienen menos éxito en esa lucha y son parte de un movimiento de derecha autoritario mucho más grande en EE.UU.

DONALD TRUMP, ¿EL HITLER NORTEAMERICANO?

Heriberto Feraudy Espino

Según James Q. Whitman autor del libro *Hitler's American Model* editado en 2017 por Princeton University Press, las medidas políticas que del líder alemán implanto en la Alemania nazi fueron inspiradas en el racismo institucionalizado en los Estados Unidos y el pragmatismo de su Derecho consuetudinario.

De acuerdo con el autor, Hitler no se equivocaba al volver los ojos hacia EE UU en busca de innovaciones racistas. "A principios del siglo XX, EE UU era líder global en leyes raciales", más incluso que Sudáfrica.

“Por extraño que pueda parecer, los nazis consideraban a EE UU como un modelo para la raza blanca, un imperio racial nórdico que había conquistado una ingente cantidad de Lebensraum [“espacio vital”].

David Mikics, profesor de inglés en la Universidad de Houston, Tejas considera hoy en día que, la idea de Whitman de que el nazismo miraba hacia Norteamérica en busca de inspiración "se expone a sumirnos en el pánico moral. Pero hay otra faceta de la historia, y en la era de Trump, especialmente, podemos sacarle partido echándole un vistazo riguroso. Nuestro presidente resultó elegido en parte porque capitalizó un nacionalismo de los de EE UU primero, a la caza despiadada de enemigos externos e internos”.

De acuerdo con esta visión, los cosmopolitas sin raíces, los inmigrantes y los centros urbanos sin ley son una constante amenaza para la verdadera Norteamérica.

El considerar a Donald Trump como un verdadero Hitler norteamericano no tiene nada de exageración. El hecho que hoy el sistema político y social de ese país sea peor que la pandemia del coronavirus lo demuestra. Lo que está ocurriendo en casi todos los Estados de la Unión con respecto a la represión y el crimen racial no es nada nuevo.

De acuerdo con el Diario The New York Times: “El terrorismo racista en EEUU es tan antiguo como el país”.

Hay una larga historia de lucha contra la violencia policial contra los negros en EEUU. Una representación multirracial del Congreso de Derechos Civiles, en 1951 lanzó la consigna We Charge Genocide (Nosotros acusamos de genocidio) para caracterizar la profundidad y consecuencias de los homicidios policiales y el silencio cómplice del Estado. El preámbulo de su petición (dirigida a una reunión de las Naciones Unidas, bajo el subtítulo: “El crimen del gobierno contra el pueblo negro”), afirma: “Hubo un momento en que la violencia racista fue para el Centro del Sur. Pero mientras que el pueblo negro se ha desplazado hacia el norte, el este y el oeste buscando escapar del infierno del sur, la violencia contra los no blancos se ha multiplicado.

Buscando entre los archivos me encontré con un artículo de Joseph Stiglitz publicado por el periódico El País el 31 de marzo de 2018 donde señalaba que: en 1967 estallaron disturbios en ciudades de todo Estados Unidos, desde Newark (Nueva Jersey), hasta Detroit y Minneapolis en el Medio Oeste. Dos años antes, la violencia había estallado en el barrio de Watts en Los Ángeles.

En respuesta a todo ello, el entonces presidente Lyndon B. Johnson nombró una comisión, encabezada por el gobernador de Illinois Otto Kerner, para investigar las causas y proponer medidas para abordarlas. Hace cincuenta años, la Comisión Nacional de Asesoría ante los Desórdenes Civiles (más conocida como la Comisión Kerner) emitió su informe, que ofreció una descripción cruda de las condiciones en Estados Unidos que habían conducido a los desórdenes.

La Comisión Kerner describió un país en el que los afroestadounidenses enfrentaban una discriminación sistemática, padecían una educación y una vivienda inadecuadas y carecían de acceso a oportunidades económicas. Para ellos no existía ningún *sueño americano*. La raíz del problema era “la actitud y el comportamiento racial de los estadounidenses blancos hacia los estadounidenses negros. Los prejuicios raciales han definido de forma decisiva nuestra historia; ahora amenazan con afectar nuestro futuro”.

Habría que agregar que la raíz del problema no está solo en el comportamiento racial de los estadounidenses blancos hacia los estadounidenses negros, hay muchos factores que van al corazón del actual sistema imperante en Estados Unidos)

En la actualidad, no hay una sola ciudad importante de Estados Unidos, desde Nueva York a Cleveland o Detroit, de Washington, capital de la nación, a Chicago, Memphis, Atlanta o Birmingham, desde Nueva Orleans a Los Ángeles que no esté exonerada por la muerte gratuita de negros inocentes.

Desafortunadamente George Floyd, no será la última víctima, pero si el último aldabonazo para el imperio de Trump.

POR FLOYD: CONTRA EL RACISMO REPRESOR Y ANTICULTURAL

Comisión Aponte UNEAC Matanzas

Quizá sea la discriminación racial uno de los actos más repudiados en el ámbito social cubano y puede que también veamos al racismo - entendido como la ideología que se basa en la superioridad de una raza o etnia sobre otra- como un enemigo despreciado, pero acorralado y moribundo. Tal presunción hace que hechos como el del asesinato del afroamericano George Floyd nos llene de indignación.

Y es que no podemos perder de vista que el racismo en la nación norteaña no es solo una herencia de la esclavitud sureña. Y no lo es ni en términos geográficos - Minneapolis, ciudad donde murió Floyd es la más poblada de Minnesota, estado que limita con Canadá-, ni cronológicos, pues este caso forma parte de una tradición de brutalidad policial racista que remite a los casos de Amadou Diallo (1999) y Rodney King (1991). El racismo se ha entronizado en la estructura ideológica y clasista del sistema y afecta tanto a afroamericanos como a nativos americanos o latinos.

De singular modo el racismo aplicado por la élite norteamericana ha atacado a las manifestaciones culturales más genuinas de ese país. No debemos olvidar que Miles David fue brutalmente golpeado por un policía blanco frente al cabaré donde tocaba en Nueva York. Ni que la cantante de blues Bessie Smith, al sufrir un accidente automovilístico en Misisipi, tuvo que ser llevada por un conductor de ambulancia negro a un hospital para negros, al final murió desangrada. Como aleccionadora fue la lucha que Ray Charles mantuvo por los derechos civiles y que terminó con un pedido oficial de perdón por parte de las autoridades de Georgia su estado natal y la designación de su versión de "Georgia con muy Mind" como canción oficial de ese estado.

Es por ello que la Comisión Aponte de la UNEAC en Matanzas se suma al clamor de los movimientos antifascistas y antirracistas que en Estados Unidos y en todo el mundo se levanta contra este nuevo crimen.

MUCHO MÁS QUE COVID-19 EN BLANCO Y NEGRO: GEORGE WALLACE ESTÁ OTRA VEZ A CARGO

Nicolás Hernández Guillén
Presidente de la Fundación Nicolás Guillén

Desde que fueron publicadas las primeras estadísticas relacionadas con la pandemia del Sars Cov 2 en los Estados Unidos de Norteamérica, resultó visible que negros y blancos eran afectados de manera diferente por la enfermedad. Era mucho peor entre la población negra. Ya para el 20 de mayo se calculaba que la tasa de mortalidad de los afroamericanos era de 50.3 por cada 100,000 personas frente a 20.5 de sus compatriotas blancos (1). No era una sorpresa. Los indicadores de salud de la población negra han sido históricamente muy inferiores a los de la población blanca, con mucha mayor prevalencia de casi todas las enfermedades, incluidas las crónicas que son consideradas comorbilidades importantes para la Covid- 19. Por otra parte, sus también históricas desventajas económicas se han traducido en condiciones de vida material en las que resultaba mucho más difícil adoptar las medidas requeridas para prevenir el contagio, comenzando por el distanciamiento físico entre las personas.

A medida que los estragos del virus se diseminaron por todo el territorio norteamericano se fueron remarcando esas diferencias, no sólo en el número de enfermos y muertos, sino también en el recuento de víctimas del amplio entramado de consecuencias sociales que la pandemia ocasionaba.

Tal vez no se publiquen estadísticas sobre cuanto miedo han sufrido los afroamericanos al ponerse un nasobuco al atardecer ante la posibilidad de que algún civilizado y atemorizado compatriota blanco lo tomase por un delincuente presto a cometer cualquier crimen y enfrentado a su temor optase por dejarlo tendido de un balazo.

Se ha dicho que, entre los trabajadores obligados a continuar sus labores en puestos de trabajo, necesarios para mantener la vitalidad de la sociedad, pero que les exponen en mayor medida al riesgo de contraer la enfermedad, los hombres y las mujeres negras están sobre representados. Quien podrá contar el stress y las angustias. De todos modos, pese al riesgo a que se exponen estos hombres y mujeres negros, probablemente se

consideren afortunados frente a los que han visto esfumarse sus empleos en la debacle económica ocasionada por la enfermedad.

Hoy por octavo día consecutivo en las principales ciudades de los Estados Unidos de Norteamérica tienen lugar multitudinarias manifestaciones de protesta, originadas por la muerte de George Floyd, un hombre negro norteamericano de 46 años de edad, arrestado por cuatro oficiales de policía y sometido por el policía blanco Derek Chauvin, durante más de 8 minutos mediante la presión de la rodilla del agente contra el cuello y la cabeza del detenido, hasta ocasionarle lesiones que le causarían la muerte poco más de una hora después.

Es terrible lo que ha ocasionado la pandemia del Sars Cov 2 en los Estados Unidos para sus ciudadanos de cualquier color, aunque sin duda los pobres han llevado la peor parte y entre ellos los negros la han pasado aún peor, pero la violencia que se vive hoy en ese país nos recuerda que para la historia de esa nación los más de dos millones de infectados, a los que seguramente llegarán y los más de 100,000 muertes que ya acumulan, son casi anecdóticos.

Violencia, codicia, miedo, odio, muerte, están en los orígenes de esa nación. Ayer Paul Krugman (2), un laureado economista, premio Nobel de esa especialidad en 2008 y muy activa figura en la opinión pública de ese país, publicó en su columna de opinión del New York Times, a propósito de las marchas y protestas que estremecen todo el país, una reflexión sobre el legado de la esclavitud, para él el pecado original de la nación.

Sin dudas la esclavitud ha marcado de manera definitiva los rasgos de muchas de las naciones en el hemisferio occidental, ya lo advertía Guillén en su trascendente poema Llegada, pero en el caso de los Estados Unidos de Norteamérica, a la lista de pecados originales habría que agregar muchos otros. Pienso, por sólo citar uno, en la terrible conquista del oeste, cuyas consecuencias sufren aún los pobladores originales de esa nación, que vieron sus tierras conquistadas y sus vidas horriblemente mutiladas a sangre y fuego.

Es verdad que probablemente haya sido peor para los descendientes de los esclavos. Ellos han sufrido la más sistemática y abarcadora exclusión entre los muchos desfavorecidos en ese país. Ellos han sido las víctimas principales del amoroso cultivo en la sociedad norteamericana por las élites

gobernantes, a lo largo de siglos, de la violencia, la codicia, el miedo y el odio que signó sus orígenes.

Sí, el Covid-19 ha sido para ellos mucho peor, pero también es mucho peor su tasa de mortalidad infantil, casi dos veces y media la de sus compatriotas blancos, es mucho menor su esperanza de vida, mucho peor su alimentación, mucho más bajos sus ingresos, mucho peores sus viviendas y padecen mucho más de diabetes, hipertensión arterial y otras enfermedades crónicas que los científicos vinculan entre otros factores al stress y la angustia que sus condiciones de vida les ocasionan. Y por supuesto son con mucha más frecuencia víctimas de la violencia policial.

He resistido durante mucho tiempo el deseo de sumarme al torrente de las críticas al presidente Donald Trump. Trump es un animal público que se nutre de la publicidad, buena o mala y no quería contribuir ni muy humildemente a nutrirlo, pero todo tiene un límite.

Donald Trump o *bunker boy*, como muchos denominan por estos días al actual presidente de los Estados Unidos, es también un fruto legítimo de esos pecados originales. A los numerosos errores en la dirección del enfrentamiento a la pandemia de la Covid-19 en la nación norteamericana, a que le condujeron su narcisismo, su ignorancia, su amoralidad y el cortejo de sus simpatizantes en su afán de reelección, suma ahora la incitación a la violencia y el profundo racismo que impregnan sus tweets y sus comentarios a la prensa a propósito de los actuales disturbios que asolan a la nación. Como es muy prolífico, seguramente en unos días podremos hacer un libro con sus barbarismos sobre el tema, pero me referiré solamente a dos.

George Floyd fue asesinado el día 25 de mayo. El día 29 del propio mes ante el incremento de las manifestaciones, acompañadas en algunos casos de acciones violentas y saqueos en Minneapolis a través de twitter el mandatario estadounidense advirtió textualmente *When the looting starts, the shooting start*. Más o menos significa que *cuando los saqueos comienzan, los disparos comienzan*.

Horas después, no sé si estando *bunker boy* aún en el bunker a donde le condujeran solícita y rápidamente los hombres del servicio secreto, ante la amenaza que significaba la presencia de manifestantes en las afueras de la Casa Blanca, amenazó con *perros viciosos y armas siniestras*, cosas de las

que debe saber mucho, a los que habían osado llegar hasta las verjas de su residencia para expresar su inconformidad.

Es imposible no recordar a George Wallace, gobernador por varios períodos del estado de Alabama entre 1963 y 1967, símbolo de la más brutal oposición a las modestas aspiraciones del movimiento por los derechos civiles que encabezara el Reverendo Martin Luther King. La policía de Alabama hizo uso ejemplar de perros, supongo que viciosos, para reprimir toda manifestación de inconformidad de las víctimas de la despiadada discriminación racial imperante en el estado.

La frase *When the looting starts, the shooting starts*, fue originalmente pronunciada por Walter Headley, en 1967, casi al final de sus 20 años como jefe de policía de Miami, amenazando con la violencia que sus subordinados se proponían emplear para reprimir a supuestos matones negros que querían aprovecharse del estado de ánimo creado por el movimiento de los derechos civiles. Headley aseguraba en esa misma intervención, que no temía ser acusado de brutalidad policial. No hay motivos para dudarlo. Por supuesto fue enérgicamente respaldado por el entonces gobernador de la Florida Claude Kirk (3).

Menos de un año después, en 1968, George Wallace durante su fallida campaña presidencial, habría de retomar la frase: *When the looting starts, the shooting starts*.

El poemario Tengo de Nicolás Guillén, publicado en 1964, incluyó varios poemas motivado por las atrocidades cometidas por el gobernador Wallace y sus seguidores en el afán por preservar a cualquier precio la segregación racial. Uno de ellos, muy breve. Lleva por título *Gobernador*.

Cuando hayas enseñado tu perro
a abalanzarse sobre un negro
y arrancarle el hígado de un bocado,
cuando también tú sepas
por lo menos ladrar y menear el rabo,
alégrate, ya puedes
¡oh blanco!
ser gobernador de tu Estado.

Parecería que por esos lares se puede ser incluso presidente de la nación. George Wallace está otra vez a cargo.

(1) Black Americans dying of Covid-19 at three times the rate of white people. Ed Pilkington. The New York Times 20 de mayo de 2020.

(2) The legacy of our original sin. The New York Times 2 de junio de 2020.

(3) Espero no sea ancestro del capitán James Kirk, que habrá de comandar valientemente en los años por venir el poderoso USS Enterprise en la saga Star Trek.

PROPUESTA DE ALDEN KNIGHT

Propongo convocar a nuestros artistas de la escena, para que en cada actividad tengamos acciones escénicas con tema del negro; de pequeño formato y corta duración: monólogos, poemas, rapsodias poéticas, danzas, canto o cualquiera de las formas en que los artistas de la escena puedan brindar en cada encuentro un mini espectáculo.

Me ofrezco y Ofrezco mi taller de DECIR LA POESIA. (A.K.DEMIA)

RACISMO

Víctor Fowler

La entrada dedicada a 'racismo y discriminación' en la *Encyclopedia of Multicultural Psychology* (2006) define el racismo como «un sistema de opresión basado en designaciones grupales étnico/raciales mediante las cuales una ideología pervasiva de superioridad e inferioridad racial provee las bases para desigualdades estructurales, conflictos intergrupales, discriminación y prejuicio». Otra fuente, la *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Vol. p-r (2015), considera que «el racismo existe cuando un grupo étnico o colectividad histórica domina, excluye o trata de eliminar a otra en base a diferencias que estima que son hereditarias e inalterables». Por su parte, en la entrada 'raza/etnicidad', el *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (2009), señala que: «El racismo requiere ser analizado como una serie de prácticas más o menos institucionalizadas en formaciones sociales específicas, cuyo

despliegue garantiza la inscripción en el cuerpo social e individual de relaciones de desigualdad, asimetría y exclusión».

Según lo anterior, el racismo es un tipo de construcción discursiva que alimenta, al mismo tiempo que se empeña en hacer más intensos, la defensa del poder y los privilegios que lo acompañan por parte del grupo dominante, la desposesión del grupo discriminado, los prejuicios, las atribuciones de indicadores negativos para el Otro al que se desprecia y la desigualdad dentro de un sistema de jerarquías inviolables que infiltra todos los sectores y prácticas de la sociedad.

En nuestro continente, el surgimiento del racismo se encuentra íntimamente vinculado a momentos históricos como la conquista y colonización de América, la destrucción del orden social de los pueblos originarios, el surgimiento de la esclavitud africana y el desarrollo de la trata, el fin de la esclavitud, el nacimiento de las repúblicas y la entrada en este escenario social de grandes masas de indios y negros por lo general destinados, de manera estructural, a ser mano de obra barata. Tal y como expresa el *Glosario de ciencias sociales y pueblos indígenas* (2011), los pilares del nuevo patrón de poder son: «... la creación europea de categorías de clasificación racial en conjunto con la emergencia de jerarquías raciales ligadas a la explotación del trabajo, la apropiación de la tierra y la desvalorización de la memoria y la cultura de los sujetos racializados y colonizados».

El siglo XXI conoció un tipo de racismo que, apoyado en la biología y la antropología, se propuso encontrar supuestos elementos científicos que pudiesen «justificar» la inferioridad de indios y negros. Este racismo biologicista que intenta colocar a sus objetos de análisis (indios y negros) en un escalón de la especie humana más «bajo» que aquel en el cual, supuestamente, estarían los individuos de «raza blanca», ha sido hoy día sustituido por el denominado «racismo cultural», donde lo que hace al Otro inferior no es la biología, sino sus prácticas, ritos, comportamientos y, en general, cultura.

(Del Minidiccionario publicado en periódico Granma por el autor)

Comité editorial

Pedro de la Hoz / Rolando Julio Rensoli Medina /
Heriberto Feraudy Espino / Esteban Morales
Domínguez / José Luis Lobato Matamoros
/Composición y diseño: Lidiurka Zulueta Valladares.

Estimados lectores(as), la Comisión Aponte estará
muy agradecida, si nos informan que pudieron
acceder al Boletín y además, enviarnos su opinión al
siguiente e-mail: olga.batista@uneac.co.cu



Subir